

homenaje a
**JUAN
RULFO**

Q7297
R84
6

Q7297

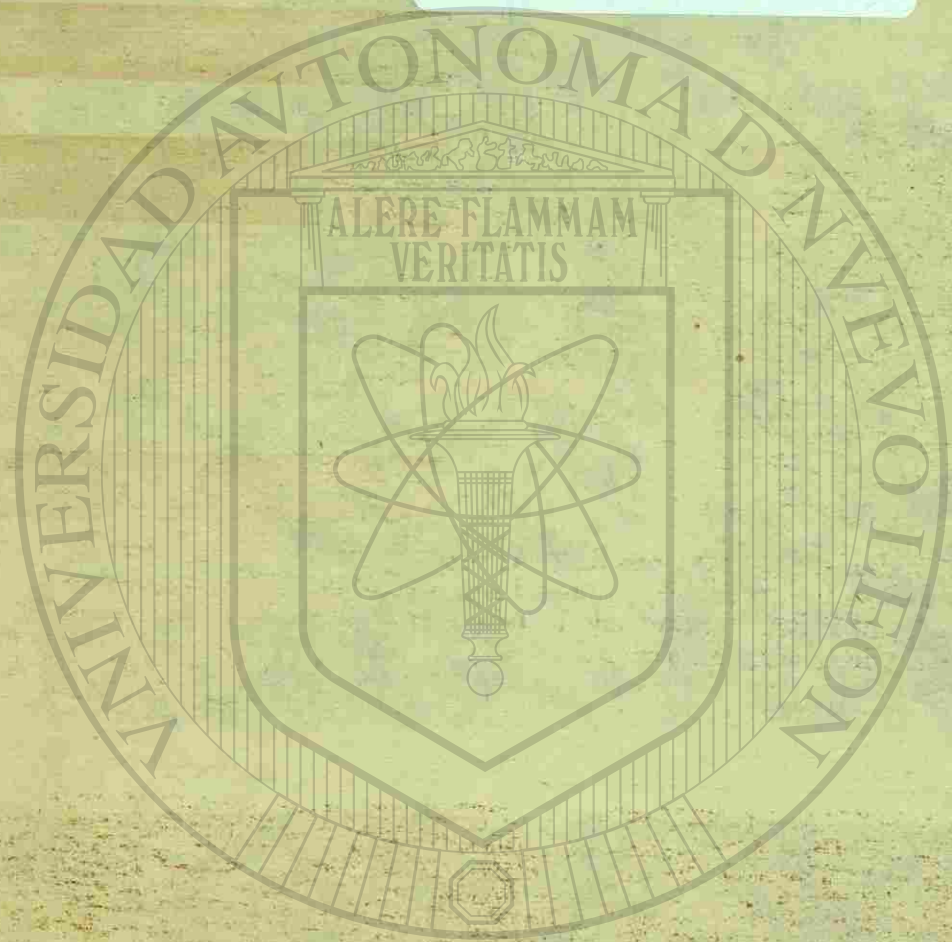
R84

6

P07297
R84
H6



1020082146



... no me imaginaba que treinta años después el producto de mis obsesiones sería leído incluso en turco, en griego, en chino y en ucraniano. El mérito no es mío. Cuando escribí Pedro Páramo sólo pensé en salir de una gran ansiedad. Porque para escribir se sufre en serio.

JUAN RULFO

JUAN RULFO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRESENTACION

Ha muerto Juan Rulfo, el escritor mexicano que ha dado a conocer nuestro México rural en el mundo entero; el escritor que con gran maestría a través de nuestro campo, de nuestras gentes, de nuestro idioma nos ha llevado a conocernos más profundamente.

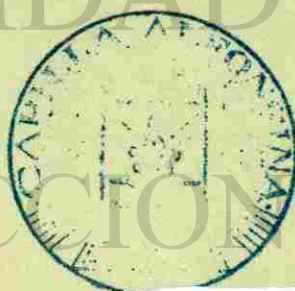
Hacer un homenaje a un autor tan importante como Juan Rulfo no resulta fácil, sin embargo, nos hemos atrevido a realizarlo porque con ello contribuimos, aunque sea modestamente, a que su obra sea leída, pues su lectura es la mejor ofrenda que podemos rendirle.

Este sencillo homenaje pretende motivar el acercamiento a Juan Rulfo a través de su obra, que aunque breve, marcó la vida literaria de muchos escritores y despertó hondos estremecimientos en sus lectores. Reúne una reseña sobre su vida y personalidad, un cuento de la colección El Llano en llamas, "¡Diles que no me maten!" y algunas opiniones de escritores y críticos literarios.

Estamos seguros de que esta aportación será semilla fecunda porque la obra de Rulfo no necesita de alabanzas para ser promovida, su valor lo lleva implícito en su forma y en su esencia y bastará leer uno de sus cuentos para que el interés surja de inmediato y nos invite a seguir adentrándonos en ella.

PREPARATORIA NUM. 16

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
NUEVO LEON



137289

BIOGRAFIA

En Sayula, localidad del Estado de Jalisco, nace el 16 de mayo de 1918 Juan Rulfo. Relata él mismo: "Me llamo Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaino. Me apilaron todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos, como si fuera el vástago de un racimo de plátanos y aunque sienta preferencia por el verbo arracimar, me hubiera gustado un nombre más sencillo. Mi padre se llamó Juan Nepomuceno Pérez Rulfo y mi madre María Vizcaino Arias de Pérez Rulfo".

En 1919 la familia se traslada al pueblo de San Gabriel —hoy ciudad Venustiano Carranza—. "En realidad yo me considero de ese lugar. Allí pasé los años de mi infancia. San Gabriel antiguamente era un pueblo próspero; por allí pasaba el camino real de Colima". Los pueblos de esta región dejaron profunda huella en el alma de Rulfo. Hacia 1920 estos pueblos viven un proceso de decaimiento. "En esa zona hay aproximadamente alrededor de 5 ó 6 pueblos. La gente es hermética. Tal vez por desconfianza no sólo con el que va, con el que llega, sino entre ellos. No quieren hablar de sus cosas, de lo que hacen. Uno no sabe a qué se dedican. Hay pueblos que se dedican exclusivamente al agio. La gente de allí no habla de nada. Arregla sus asuntos en forma muy personal, muy particular, secreta casi".

En San Gabriel, Rulfo comenzó sus estudios primarios. Durante este período su vida estuvo marcada por la tragedia. "Mi abuelo murió cuando yo tenía 4 años; tenía 6 años cuando asesinaron a mi padre, regresaba de una gira cuando fue asaltado y muerto por los gavilleros, tenía 33 años. Mi madre murió 4 años después. Entre tanto mataron a dos hermanos de mi padre. Luego, casi enseguida murió mi abuelo paterno, murió de tristeza porque al que más quería era a mi padre, su hijo mayor. Otro tío mío murió ahogado en un naufragio, y así, de 1922 a 1930 sólo conocí la muerte".

Estas duras experiencias de su infancia, así

como también el hecho de haber vivido la violencia de la rebelión cristera (guerra civil religiosa que protagonizaron algunos sectores populares fanatizados entre los años 1926 a 1929), repercutirían más tarde en el alma del escritor, reflejadas en la obsesión por la muerte que presenta en sus obras.

Hasta los 10 años de edad vivió con su abuela paterna, María Rulfo Navarro, y en esta época despertó su amor por la literatura. Esto sucedió cuando el cura del pueblo dejó su biblioteca a guardar en la casa de la abuela de Rulfo antes de que expropiaran el curato y lo convirtieran en cuartel. En esos libros el pequeño Juan bebió las más bellas páginas de la literatura universal, lo cual habría de ser definitivo en su formación de escritor.

En 1933, a la edad de 15 años, intenta ingresar a la Universidad de Guadalajara, pero esto no es posible debido a una huelga en la misma. Con el fin de continuar sus estudios se traslada a México. "En la preparatoria no me revalidaron mis estudios de Guadalajara y sólo pude asistir como oyente al Colegio San Ildefonso. Se suponía que iba a estudiar la carrera de abogado, que mi abuelo era abogado, y alguno tenía que usar su biblioteca. Pero no había pasado el examen extraordinario a que nos sometían. Viví al cuidado de un tío, el coronel Pérez Rulfo, en el Molino del Rey: escenario que fue de una batalla durante la invasión norteamericana en 1847 y hoy es el cuartel de guardias presidenciales junto a la presidencia de Los Pinos. Mi jardín era todo el Bosque de Chapultepec. En él podía caminar a solas y leer. No conocía a nadie. Convivía con la soledad, hablaba con ella, pasaba las noches con mi angustia y mi conciencia. Hallé un empleo en la oficina de Migración, y me puse a escribir una novela para librarme de aquellas sensaciones, de "El Hijo del Desaliento" sólo quedó un capítulo. Apareció mucho tiempo después como "Un pedazo de noche". Este texto se publicó por primera vez en la Revista

Mexicana de Literatura, "Nueva Epoca", en septiembre de 1959.

De 1936 a 1950, Rulfo trabajó como agente de inmigración en la Secretaría de Gobernación: en este mismo lugar trabajaba también el poeta Efrén Hernández, que era director de la revista "América"; fue él quien hizo posible la primera publicación de Rulfo; "La vida no es muy seria en sus cosas" en junio de 1945. Un año antes Juan José Arreola y otros intelectuales mexicanos habían fundado en Guadalajara la revista "Pan", y en ella fueron publicados en 1945 dos cuentos de Rulfo: "Macario" y "Nos han dado la tierra", mismos que más tarde se incluyeron en *El llano en llamas*.

En 1946, después de 30 años, Rulfo volvió a San Gabriel. El pueblo estaba deshabitado: de los 7,000 habitantes quedaban apenas 150; el río en el que se bañaba el niño, seco; los árboles, talados; el pueblo muerto.

En 1947 contrae matrimonio con Clara Aparicio, con quien tendría 4 hijos: Claudia (1948), Juan Francisco (1951), Juan Pablo (1955) y Juan Carlos (1964).

Posteriormente, de 1950 a 1954, trabajó en la sección de ventas de la Compañía Goodrich Euzkadi. Durante esta época de su vida Rulfo tuvo oportunidad de recorrer grandes zonas del país; esto le permitió conocer dialectos, comportamiento y costumbres de diversos núcleos de la población nacional, experiencia que habría de dar sustento y arraigo a su obra literaria.

En 1948 publicó en la revista "América" los cuentos: "La Cuesta de las Comadres" y "Talpa"; "El Llano en Llamas" en 1950 y "Díles que no me maten" en 1951.

En 1952 varios intelectuales iniciaron en el Fondo de Cultura Económica la serie "Letras Mexicanas". Ellos publicaron los 16 cuentos de Rulfo, agrupados en un solo volumen bajo el título de *El llano en llamas*; el libro comenzó a circular en

1953.

Dos años más tarde Rulfo publicó su célebre novela "Pedro Páramo", la cual ha sido traducida a más de 50 idiomas. Entre otras las siguientes:

1958, al alemán por Mariana Frenk.
1959, al inglés por Lysander Kemp.
1959, al francés por Roger Lescot.
1960, al sueco por Karin Alin.
1961, al noruego por Per Wollebaek.
1961, al danés por Ib Jorgensen.
1963, al italiano por Giuseppe Cintioli.
1966, al polaco por Kalina Wojciechowska.
1969, al portugués por Jurema Finamour.
1970, al ruso por P. Glazova.
1970, al eslavonio por Alenka Bolevralec.

Rulfo se traslada a Ciudad Alemán, Veracruz en 1956, trabajando como promotor de la Comisión del Papaloapan. Por esta época escribió también guiones cinematográficos entre los que cabe mencionar "El Despojo" (1960); "El Gallo de Oro" (1964); "La Fórmula Secreta" (1964); "El Rincón de las Vírgenes" (1972).

En 1958 funda la colección de discos Voz Viva de México (UNAM) con más de 30 grabaciones de diferentes autores. También fue asesor literario del Centro Mexicano de Escritores junto con Juan José Arreola.

A partir de 1962 y hasta el final de sus días trabajó en el Instituto Nacional Indigenista, realizando magnífica labor.

Entre los premios que recibió están: El Premio Nacional de las Letras en 1970. El Premio Internacional "Príncipe de Asturias" en 1983. El Premio Xavier Villaurrutia".

Rulfo falleció a los 67 años de edad el 7 de enero de 1986. Antes de ser cremado en el Panteón Dolores, recibió un homenaje póstumo de la comunidad cultural y del Gobierno, representado por el presidente Miguel de la Madrid, en el Palacio de Bellas Artes.

¡DILES QUE NO ME MATEN!

—¡DILES que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así díles, que lo hagan por caridad.

—No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

—Haz que te oiga. Date tus mañas y dile que para sustos ya ha estado bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

—No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

—Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

—No. No tengo ganas de ir. Según eso, yo soy tu hijo. Y, si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por afusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

—Anda, Justino. Díles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso díles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

—No.

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

—Díle al sargento que te deje ver al coronel. Y cuéntale lo viejo que estoy. Lo poco que valgo. ¿Qué ganancia sacaré con matarme? Ninguna ganancia. Al fin y al cabo él debe tener un alma. Díle que lo haga por la bendita salvación de su alma.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

—Voy, pues. Pero si de pérdida me afusilen a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

—La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Océpate de ir allá y a ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le habrá ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como sólo las puede sentir un recién resucitado.

Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. El se acordaba:

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juventino Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las paraderas para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca, para que él. Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí siempre pegado a la cerca, siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se

vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo.

Hasta que una vez don Lupe le dijo:

—Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y el contestó:

—Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

“Y me mató un novillo.

“Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está.

“Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

“Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada vez que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

—“Por ahí andan unos fuereños, Juvencio.

“Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días

comiendo sólo verdolagas. A veces tenía que salir a la medianoche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida”.

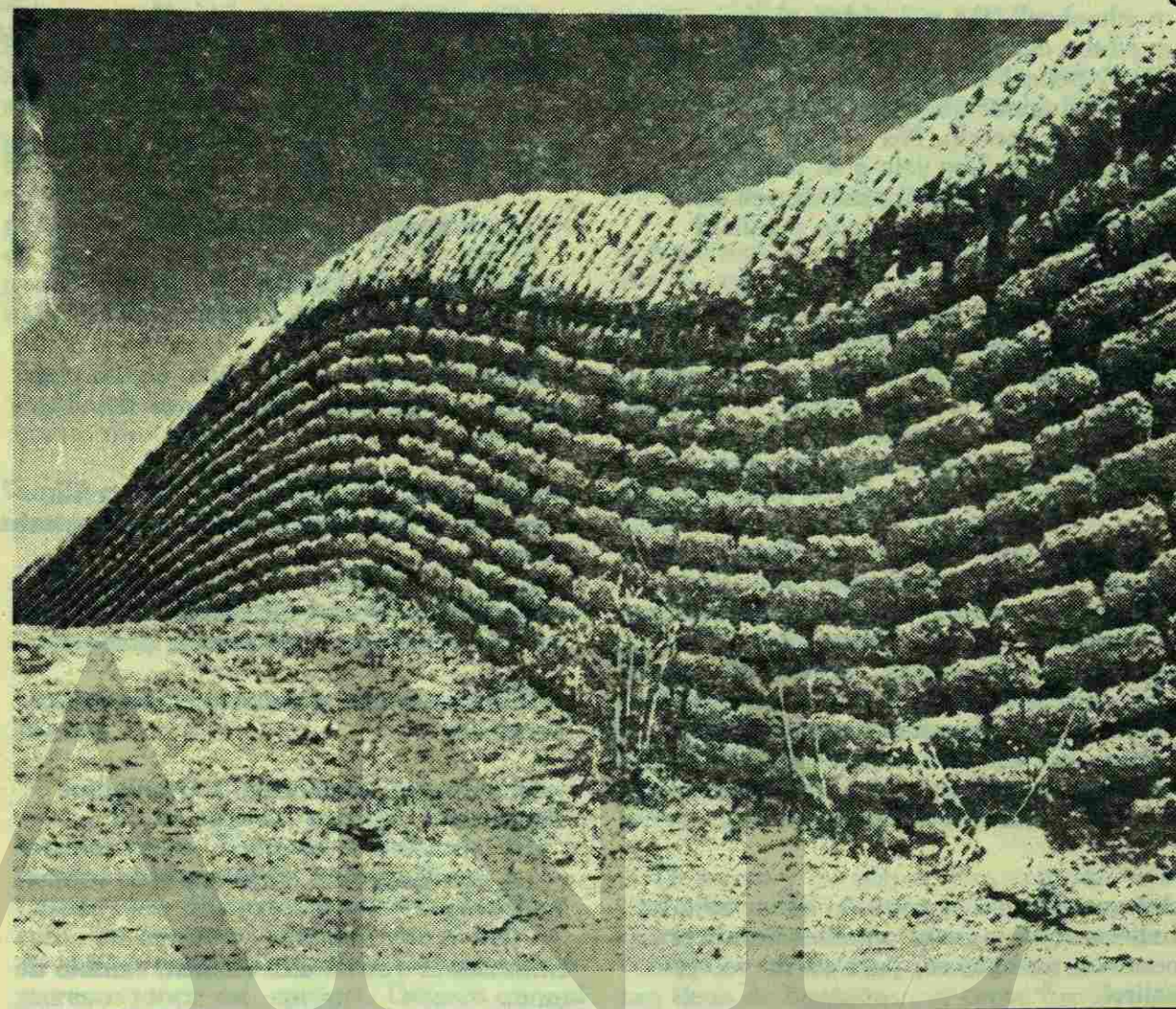
Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilo. “Al menos esto —pensó— conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz”.

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear por librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y ésta la conservaría a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. El anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago, que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los



ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran.

Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba

despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apeñuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, debajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: “Yo no le he hecho daño a nadie,

muchachos", iba a decirles, pero se quedaba callado. "Más adelantico se los diré", pensaba. Y sólo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear la tarde, en esa hora destefida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.

Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; sólo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

—Yo nunca le hecho mal a nadie —eso dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

—Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. El, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero sólo salió la voz:

—¿Cuál hombre? —preguntaron.

—El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.

—Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima —volvió a decir la voz de allá adentro.

—¡Ey, tú! ¿Qué si has habitado en Alima? —repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

—Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

—Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

—Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

—¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió.

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

—Ya sé que murió —dijo. Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos.

—Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

"Luego supé que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron, tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia.

"Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ése, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca".

Desde acá, desde afuera, se oyó bien claro cuanto dijo. Después ordenó:

—¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

—¡Mírame, coronel! —pidió él—. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates. . .!

—¡Llévenselo —volvió a decir la voz de adentro.

— . . . Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el pálpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me

mates! ¡Díles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando.

En seguida la voz de allá adentro dijo:

—Amárrenlo y déngle algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

Ahora, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuera a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

—Tu nuera y los nietos te extrañarán —iba diciendo—. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurarán que te ha comido el coyote, cuando te vean esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.

JUAN RULFO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Novela misteriosa, mística, musitante, murmurante, mugiente y muda. "Pedro Páramo" concentra así todas las sonoridades muertas del mito "mito y muerte": esas son las dos 'emes' que coronaron todas las demás antes de que las corone el nombre mismo de México: novela mexicana esencial, insuperada e insuperable, "Pedro Páramo" se resume en el espectro de nuestro país: un murmullo de polvo desde el otro lado del río de la muerte.

Carlos Fuentes

En nuestra cultura nacional, Juan Rulfo ha sido un intérprete absolutamente confiable (por lo mismo que no pretende erigirse en sistema) de la lógica íntima, los modos de ser, el sentido idiomático, la poesía secreta y pública de los pueblos y las comunidades campesinas, mantenidos en la marginalidad y en el olvido programado por la nación (sinónimo de las clases dominantes) y el poder (equilibrio entre la sobrevivencia y la explotación).

Carlos Monsiváis

A un clásico le corresponden las efusiones interminables. Será libro de texto en las escuelas de enseñanza media y superior, materia perenne de tesis profesionales y ensayos y libros especializados, sujeto de versiones teatrales y cinematográficas, objeto de reconocimientos nacionales e internacionales. La obra de Rulfo resiste admirablemente tan continua y justa apoteosis, mantiene intactos y crecientes sus hallazgos y estímulos y, al no consentir ninguna interpretación definitiva, obliga a la renovación democrática de las constancias de lectura. De modo mínimo, ésta es una de ellas.

Carlos Monsiváis

Es imprescindible la comparación con López Velarde. En él, como en Rulfo, la "nacionalización" del habla deriva de la intensa sabiduría con que se le agrega a la evocación expresiones que en sí mismas suscitan la sensación dual de pérdida de adquisición, de lo demolido y de lo que nos constituye. En ambos escritores, el idioma provinciano y rural se instala irremisiblemente en el pasado, mito no de la realidad sino de la estética.

Carlos Monsiváis

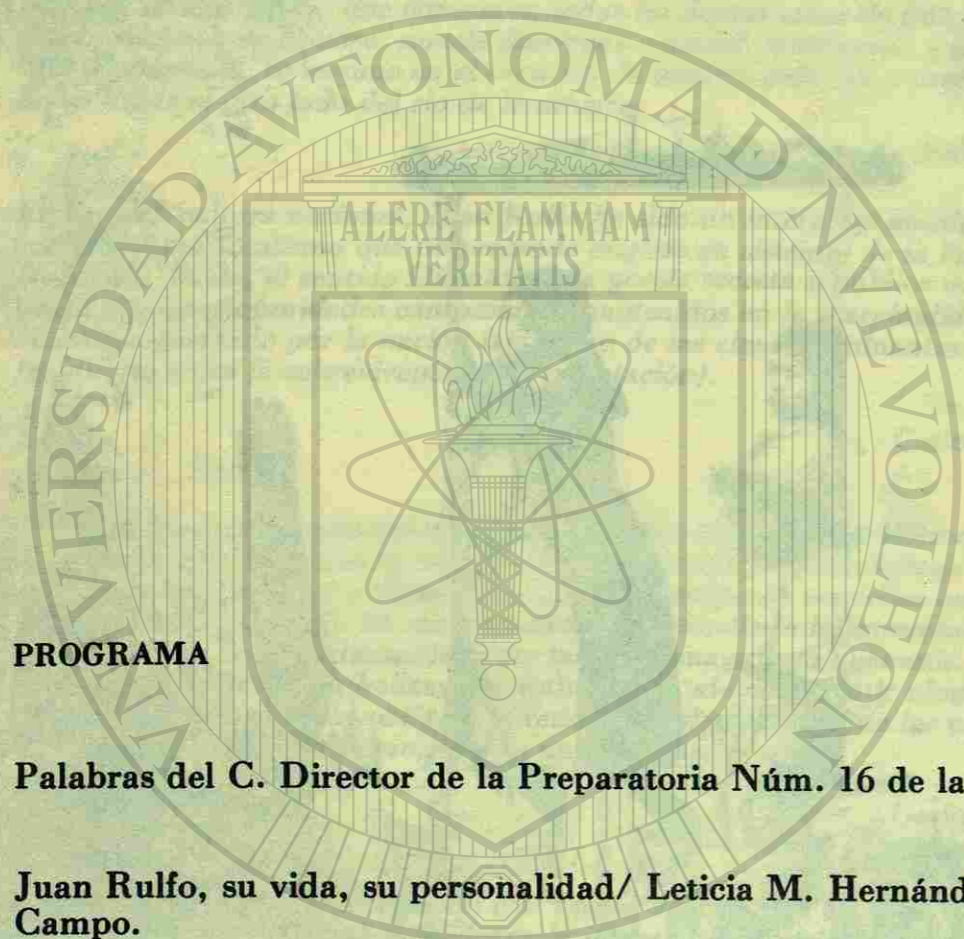
Desde un punto de vista histórico, Juan Rulfo no sólo es uno de los escritores de mayor relevancia de nuestro siglo, sino puede considerarse como fundador de una nueva literatura latinoamericana que tendrá sus descendientes en talentos tan disímolos como Gabriel García Márquez o Carlos Fuentes. Puesto que todo fundador representa el puente entre dos etapas culturales, a Rulfo, que constituye la última gran expresión de la narrativa rural, no le son ajenas las formas y los recursos de la literatura cosmopolita que serían recreados, también con profunda raigambre histórica, por la novelística latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX.

Editorial El Día, 9 de enero, 1986.



La literatura de Juan Rulfo es el lugar donde ocurre la reconciliación... no importa en qué capilla literaria se profese. No importa, en fin, si se está a un lado u otro de la línea que divide a los escritores de vanguardia y los de arte comprometido. Ni siquiera en esas grandes divisiones que suelen aborrascar los ánimos se recorren caminos divergentes. Nadie escatima la perfección de la obra de Rulfo... Se podría pensar, con apresuramiento, que los textos de Rulfo Pedro Páramo y El llano en llamas escapan a la historia, porque tienen su amarre en la inmortalidad... No es así. No es, por lo menos, completamente así. No es casual que en Rulfo los argumentos admitan, principalmente, dos variantes: unos atribuirán su asombro a la modernidad y la belleza, otros la confiarán al rescate e invención del lenguaje, al alma captada al vuelo, de los hombres del campo.

Carmen Galindo



PROGRAMA

Palabras del C. Director de la Preparatoria Núm. 16 de la UANL.

Juan Rulfo, su vida, su personalidad/ Leticia M. Hernández M. del Campo.

Juan Rulfo:

Un murmullo de polvo desde el otro lado del río de la muerte/
Elizabeth Gómez Ramírez y Celia Nora Salazar Garza.

De *El llano en llamas*: "¡Díles que no me maten!". Voz del autor.
Grabación de *Voz viva de México* 16, UNAM 49/50, tercera edición.

Participantes:

Leticia M. Hernández M. del Campo
Elizabeth Gómez Ramírez
Celia Nora Salazar Garza

Capilla "Alfonsina"/ Ciudad Universitaria
febrero 28 de 1986, 11:00 horas



Rector/ Gregorio Farías Longoria
Secretario/ Lorenzo Vela Peña

PREPARATORIA NUM. 16

Director/ Jaime C. Vallejo Salinas
Subdirector/ José Matilde Gallegos Mata

Prepararon este homenaje

Ma. Josefina Díaz Olivares
Celia Nora Salazar Garza
Elizabeth Gómez Ramírez
Leticia M. Hernández M. del Campo

Diseño gráfico/ Alfonso Reyes Martínez

Fotografías/ Juan Rulfo

